

## PROFESION Y VOCACION EN EL MINISTERIO CATEQUISTICO \*

La *profesión* es exterior, parcial, prescriptiva y rutinaria. La *vocación* es interior, global, espontánea y creadora. Parecen, pues, antitéticas. Mas su oposición es sólo aparente: el *ministerio* catequístico es síntesis de ambas. Esto implica: 1.º la *unión* íntima y correlativa de vocación y profesión; 2.º su *jerarquización* y los importantes corolarios prácticos consiguientes (primacía de lo vocacional sobre los medios profesionales, sobre la eficacia y las formas concretas de apostolado).

### I.—LA ANTITESIS PROFESION-VOCACION

¿Qué es el catequista?

Hay un viejo y conocido sendero para acercarse a la verdad: el de los contrastes. Y existe, además, para facilitar el camino, el tenue soporte de los vocablos, fieles escuderos de ideas adolescentes que buscan a tientas su rostro y su camino.

Apoyados, pues, en dos palabras —profesión y vocación—, vayamos contrastando ideas, para adentrarnos en el ser profundo del catequista.

¿Qué es la catequesis? ¿Es una profesión o una vocación?

1. El rasgo más abultado de la profesión es su carácter *externo*: toda profesión se nos presenta como actividad externa de contornos netos y estables. Es una ocupación, un empleo, un oficio. Al obrero le piden tan sólo un trabajo, unas horas, lo exterior de su profesión; casi lo mismo que a una máquina. Y, de hecho, muchas veces no hay nada más: cuánto trabajo acéfalo, sin alma, sin vocación.

La vocación, en cambio, es un misterio *interior*, tenso como una actitud de toda el alma, pero sin gestos visibles demasiado concretos todavía. Es una llamada, un diálogo silencioso y constante.

2. En segundo lugar, la profesión es sólo una *parte* de las ocupaciones del hombre, una de las múltiples facetas de su superficie externa; es sólo una parte de su tiempo, de su esfuerzo y de sus afa-

---

\* *Discurso inaugural del curso académico 1962-1963, en el Instituto Pontificio San Pío X.*

nes: al dar cierta hora, todos los días, y cuando llega el domingo, cada semana, la profesión se para y se escinde y libera un hombre que la tendrá olvidada horas enteras, y tal vez varios días, como se deja una herramienta después del trabajo, o, quizá, como se deja una pesadilla apenas la ocasión lo permite. La profesión no es más que un medio, una parcela de la geografía del yo; a veces, un brutal enclave doloroso e inevitable.

La vocación, en cambio, es algo más *total*. Tiende a teñir el yo todo entero, como el sol va encendiendo, palmo a palmo, un meridiano tras otro. Soñando o en vela, de broma o de veras, en el trabajo o en el descanso, la vocación es la luz que ilumina siempre, de algún modo, nuestro paisaje. No una luz doméstica y cautiva, puesta a nuestro servicio, sino una luz alta y señera como un lucero, delante del cual nos inclinamos cada mañana y a todas horas, todo nuestro yo vibrante, hecho dádiva viva a una petición.

3. En tercer lugar, la profesión es un *deber*. La vocación, en cambio, es una *invitación* amorosa. Los deberes tienen límites jurídicos muy bien establecidos; tiene que ser así. Pero los límites comunes, en la vida, sólo pueden ser minimales. El deber es un mínimo. La profesión tiene savia áspera y pobre de deber, de mínimo esfuerzo. Y el hombre prisionero de la ley, del mínimo, se apoltrona y se apolilla, y ni siquiera alcanza el pobre mínimo indispensable, porque siempre hay que apuntar más alto para dar en el blanco. Cuántos obreros y profesionales fallan así la diana o puntería de su quehacer.

En cambio, la respuesta a una invitación no tiene cauces legales: horada el alma desnuda para fraguarse su propio camino, sin más ley que la entrega creciente, porque cada acto de amor es un pedazo encendido para un amor más grande. La vocación es maximal, gozosamente insatisfecha.

4. Y todo esto se trasluce externamente: por ser deber, carril y mínimo, la profesión tiende a la *machaconería estática*, rutinaria. ¿Quién no conoce maestros, empleados, obreros que llevan años repitiendo el mismo esquema y la misma rutina, sin alma, como autómatas de vieja cuerda de metal? En cambio, la vocación —tejido vivo— es *adaptación y crecimiento*. Toda vocación es inquieta y fluente como la vida: dinámica, escrutadora, generosa y fecunda.

Nos basta con esto. Con algunos mojonos de luz y de sombra, hemos trazado una frontera entre la profesión y la vocación.

La catequesis, como simple *profesión*, sería, pues, algo muy poco halagüeño; una actividad externa; un quehacer parcial al servicio de otros intereses del yo; un deber mínimo y fácilmente rutinario.

Por el contrario, la catequesis como *vocación* sería un alma omnipresente y servicial, insatisfecha y creadora.

Por el viejo camino de los contrastes, nos hemos acercado un poco a la hondura de la catequesis. Ya podemos encerrar todo lo dicho en una conclusión sencilla y clara, con leve urna de cristal: la catequesis no es una profesión, es una vocación; no es un cuerpo de funcionarios, sino la voluntaria legión de los llamados.

Sí, esto es sencillo y claro. Pero nada claro y sencillo puede encerrar nunca la vida, esencialmente misteriosa y compleja. Preciso será romper la urna leve y transparente y proseguir la búsqueda por otro camino. En efecto, ¿quién no ha visto juntarse profesión y vocación en el bloque sin fisuras de una entrega ardorosa y total?

Recuerdo que lo leí emocionado: la habitación era modesta, estaba cercada por el frío y muchas apreturas; los esposos Curie agitaban incansablemente una masa misteriosa de peblenda, como para arrullar un nacimiento largamente anhelado; y luego, cuando les ofrecieron dinero por la patente del radio, soltaron de balde el secreto, como quien suelta una estrella para aumentar el común cielo de todos. Eran científicos con alma, con vocación. Como también tienen vocación y alma tantos y tantos maestros y educadores de una sola pieza, sin esa frontera que nosotros levantábamos entre profesión y vocación.

Es que, en rigor, esta frontera no existe, o, al menos, no tendría que existir, porque la catequesis es vocación y profesión al mismo tiempo. He aquí lo que nos queda por andar: en vez de oponer, como los adolescentes y los superficiales, llegar a la síntesis madura, como quien llega a un abrazo fecundo y difícil. Pues el cristianismo penetra todos los estratos del hombre y exorciza todas las antinomias reales; no es escisión, sino integración creciente, porque en el dintorno de la vida no caben fronteras. Hablando seriamente, lo profano no existe: todo es gracia. Y la profesión también: con la humilde órbita de nuestros quehaceres profesionales, teje Dios la trama de la Historia; una historia que es siempre Historia Sagrada, la Historia de la redención. Por eso, toda profesión vivida cristianamente es el fruto y la sonrisa de una vocación subyacente.

Y viceversa, toda vocación suele discurrir, en mayor o menor

grado, por el cauce de una profesión, pues el hombre y la gracia son seres encarnados, ciudadanos de la espesa retícula espacio-temporal.

Pero nuestra andadura inicial, entre contrastes, no ha sido inútil: tiene la ventaja pedagógica de una primera aproximación dialéctica; ha dado relieve a los elementos principales de nuestro problema, ha subrayado la exigencia de su unión, e incluso nos ha sugerido el principio de su unidad o jerarquía: hacer de la vocación el alma de todo lo profesional.

Y ahora, para aproximarnos más fácilmente a esta unión y jerarquización que debemos estudiar, quizá hallemos arrimo, una vez más, en un vocablo, que esta vez será la palabra *ministerio*.

## II.—EL MINISTERIO COMO SINTESIS

El ministro no es artífice principal, sino causa instrumental tan sólo. Pero no es un instrumento cualquiera, sino desde dentro: con conocimiento y amor que se entregan para servir. En todo ministro hay, por lo tanto, diálogo y quehacer, o sea vocación y profesión *unidas*. Pero hay más: primacía constante del llamamiento o mandato, es decir, vocación y profesión, no sólo *unidas*, sino, además, *jerarquizadas*.

Por eso precisamente podemos valernos de la palabra *ministro* como de una brújula amiga que nos dé la clave de la unión y jerarquía de las dos vertientes del catequista: su vocación y su profesión.

### A) UNIÓN.

En el ministerio catequístico no tiene que haber profesión sin vocación, ni vocación sin profesión. Así quedan ennoblecidas y transformadas las cuatro facetas deficitarias que hemos señalado en la profesión: su carácter exterior, parcial, prescriptivo y rutinario. Y así crece y fructifica la cuádruple riqueza de la vocación: su carácter interior, global, de entrega creciente y de adaptación creadora.

#### 1. *Unión de lo exterior y de lo interior.*

El catequista es un ministro de Dios que por cauces exteriores cumple la llamada interna de su divina vocación de mensajero.

Toda profesión es exterior, periférica; pero si la vocación la

acompaña, se anima con un soplo de vida; así, y solamente así, la profesión se hace humana, cristiana y santa. Así, y sólo así, queda legitimada la función catequística, para la que es indispensable la oportuna misión, sin la cual nadie puede anunciar a Cristo.

En rigor, todo lo externo, y por consiguiente también lo profesional, pertenece a la esfera misma de la vocación: en la circunstancia concreta, densa y muda, está también la voz de Dios, como en un pergamino amorosamente cifrado.

La vocación no es tan sólo afición o aptitud, como pretende el fácil antropocentrismo de nuestra época y de todas las épocas. Es cierto que las aptitudes y aficiones, consideradas, no como autoafirmación, sino como talentos recibidos, son también voz de Dios. Pero no la primera ni la principal. La Escritura trae la historia íntima de muchas vocaciones ingratas: Moisés; Jonás, el fugitivo, rumbo a Tarsis; y Jeremías, que no podía evocar su juventud sin amargura: «Tú me sedujiste, y yo me dejé seducir. Tú eras el más fuerte, y fui vencido.»

La vocación es la irrupción avasalladora de Dios en nuestra vida, es lo que Dios pide. Y Dios pide no sólo con palabras misteriosas e internas, ni sólo mediante las aptitudes, sino a través de todas las circunstancias concretas. Por eso se ha dicho, con frase profunda, que la obediencia es el sí a toda la existencia.

La vocación, por lo tanto, no implica necesariamente elección del cauce externo de nuestro quehacer; pero sí su aceptación amorosa. Y esto es muy importante: es la supresión de todo quisté o enclave, es la mansa redención de todas las profesiones y de todas las circunstancias más o menos impuestas, incluso cuando resultan ingratas o dolorosas. En la vocación se trata menos de escoger que de aceptar. Pero esta aceptación no es algo inevitable y pobre; es la máxima elección del hombre: abrir anchamente las puertas al Dios que quiere interlocutores libres en el marco de una circunstancia que es también voluntad de Dios.

La modesta y abundantísima prosa diaria de la función catequística no es, pues, algo exclusivamente monótono, desesperante e inevitable, como la ganga del mineral; es también metal precioso donde se esconde Dios para una cita, que es comunión en la fe y en el amor, dentro de la entrega y la humildad. Y así, la llamada de Dios realiza el milagro de interiorizar amorosamente lo más externo a nuestro yo verdadero: todo lo impuesto y lo hostil.

Viceversa, toda vocación tiende a exteriorizarse en cierta medi-

da, porque el hombre es espíritu y materia, y porque Dios respeta y prolonga esta dualidad. No nos basta platonizar sobre la inmortalidad del alma; el hombre ansía la salvación completa, subsistir en la integridad de su ser total: alma y cuerpo, individuo y sociedad. Dios, por su parte, nos promete la resurrección de la carne y no nos llama individualmente, sino en la Iglesia y por la Iglesia; su llamada es siempre quehacer eclesial. El apostolado no es, pues, algo facultativo, un apéndice elegante; es esencial al cristianismo, como lo es el amor en la vida de familia. Por esto, toda vocación florece más o menos externamente: en el espacio y en el tiempo, toma cuerpo y fisonomía lo que Dios quiere de nosotros, pues es voluntad suya que lo interior se exteriorice, de acuerdo con la estructura humana y con el dinamismo omnipresente de la ley de la encarnación. Dios quiere, por ejemplo, que la fe comience y prosiga con la predicación y la catequesis.

## 2. *Unión de lo parcial y de lo total.*

El ministerio catequístico ensancha lo particular de la función catequística hasta las dimensiones del mundo natural y sobrenatural, y reduce la moción global de la vocación a los ceñidos derroteros de la realidad y de la eficiencia.

La profesión es algo parcial, como una rama del tejido humano. Pero las ramas viven de la vida del tronco entero. Esto se logra si la profesión lleva savia vocacional: lo particular y diminuto entra a formar parte de una síntesis más amplia; síntesis que, en definitiva, pertenece al universo infinito de la redención, porque toda vocación se relaciona necesariamente con la vocación primera y eje del mundo: la vocación cristiana, como todas las campanas de un compañero, tocan, en definitiva, la misma oración.

Y esta unidad de todo el hombre, esencial en el cristiano, es esencialísima en el catequista: catequizar es testimoniar; mas el testimonio profundo arranca del ser mismo del catequista. Influidimos mucho más por lo que somos que por lo que hacemos o decimos: sólo el catequista que ha integrado orgánicamente todos los valores divinos y humanos puede contagiar esa unidad simple y profunda, propia del cristianismo y de toda vida auténtica.

En segundo lugar, esta unidad cristiana del universo exige que la función catequística evite todo aislamiento y que se vincule a las directrices de la Iglesia, a la colaboración con los demás apóstoles

(pastoral de conjunto), a las exigencias de los tiempos y lugares, y a los amplios horizontes nuevos del progreso.

Viceversa, la vocación, por muy global que sea, no es pura vibración absoluta, sin cauce ni riberas: se condensa en zonas de particular dedicación. El catequista debe formarse, especializarse, trazar planes y horarios... Es decir, debe encerrar su vocación en el coto de un lugar, un ambiente, unas personas, métodos y tiempos determinados. Y tiene que ir más lejos aún, dar un paso difícil: integrarse libremente en distintas organizaciones o crearlas, si es preciso; es decir, debe someterse a lo institucional, siempre tan peligroso y hoy tan criticado. Es que todas estas servidumbres son los carriles de la eficacia; y el amor, si es verdadero, procura ser eficaz, como la forma artística acepta el peso de la humilde arcilla para poder decir a todos su alma y su riqueza.

Lección difícil e importante en nuestros días. Por ejemplo, el Padre Pierre, de *Los santos van al infierno*, de Cesbron, manifiesta claramente su repugnancia por lo institucional; y algo parecido ocurre con Don Ardito y otros sacerdotes napolitanos de cierta novela de Coccioli. Creen que toda estructura ahoga el alma.

Es cierto que lo institucional lleva consigo mucha escoria, porque toda acción colectiva implica cierto sacrificio del ideal: los hombres somos distintos unos de otros y mediocres: sólo podemos andar juntos mediante renunciaciones y a paso lento. Pero Dios, al hacernos sociables, quiso que esta escoria fuese el humilde precio de una eficacia mayor: sin sociedad, sin organización, no hay progreso. No aceptar esto es falta de amor de Dios y de madurez humana: idealismo trasnochado, angelismo seductor, pero imposible; equivale a rehusar nuestra condición de hombres y la vocación divina, que lo quiso todo dentro de la ley de la encarnación.

No obran así la Iglesia ni los Santos, tan fecundos en normas y fundaciones. Por eso, el catequista engarza alegremente su vocación en múltiples estructuras: la diócesis, la parroquia, la escuela o el colegio, una Congregación quizá... Pero sabe, eso sí, la difícil verdad, nunca bien aprendida, de que lo institucional no tiene que ser argolla, sino trampolín.

### 3. *Unión entre el deber y la entrega espontánea.*

En el ministerio catequístico, la vocación da nobleza a los deberes del catequista, y éstos ofrecen a su vocación una preciosa garantía individual y social.

La profesión tiende a ser interiormente seca y angulosa, como el deber; minimista, aburguesada. ¡Ay del catequista que no cumpla más que el deber! La moral del simple deber es una moral de esclavos. Pero mediante la vocación, la profesión se libra de esta esclavitud: les salen alas a sus deberes, y toda ella se trueca en afán de vuelo alto, ligero e ilusionado. Se trueca, además, en cierta presencia de la voluntad de Dios, digna de la mayor atención.

Tocamos aquí un punto importante: todos sabemos que ciertas organizaciones católicas están fallando porque se trata a los fieles como simples peones. Hay quien pretende remediarlo invocando la dignidad del hombre y otras cosas parecidas, hoy muy en boga. En rigor, no es mera cuestión psicológica; hay también un problema teológico más hondo: el problema de la dignidad del cristiano: todo quehacer es también vocación, voluntad de Dios, exigencia de respeto y de cierta autonomía.

Viceversa, la vocación es más bien entrega espontánea que simple deber. Pero a la vocación le sienta bien el rígido valladar mínimo de la ley. Lo necesita el catequista para su vida íntima, en las horas inciertas del cansancio y de la duda. Lo necesita, sobre todo, para la vida social humana y cristiana: una y otra deben utilizar el semáforo de los códigos, amparo del derecho ajeno, pero también del propio. Algunas naciones más adelantadas en estas materias están elaborando el estatuto de los catequistas. Es que la vocación suele crecer mejor al socaire de una protección jurídica. Sólo en los Santos, y por excepción, prospera a la intemperie de un abandono total y nada obligatorio.

#### 4. *Unión entre actividades reiterativas y crecimiento creador.*

Lo dijimos ya, ¡cuánta rutina en muchas profesiones! Mas, ¿cómo evitar la tragedia del automatismo creciente? Mediante el amor que brota de la vocación. Con él le nacen a la vieja profesión de catequista mil nuevos caminos para su andar, antes gris y rutinario. E incluso les nace una rima secreta y profunda a las mil inevitables repeticiones de todos los días y de todos los años. Se da una renovación creadora; y aquello que no puede ser renovado, se acepta internamente, y ya deja de ser rutina, porque la rutina es rutina, no por ser una rueda, sino por ser rueda sin alma.

Viceversa, la vocación es afán creador y ágil, como polen en los dedos de un viento sin fronteras. Pero no puede renunciar a todas las tradiciones y a todos los senderos ya trillados, sin hacer ridícula

profesión de retorno a la prehistoria. Además, dentro del cristianismo, la Tradición tiene un sagrado peso de herencia divina intangible. Por eso, el catequista, para crecer y adaptarse, sabrá y querrá repetir muchas cosas, porque el cristianismo no hay que inventarlo, sino reeditararlo. Lo mismo que el amor.

Acabamos de ver, en cuatro etapas, cómo en el ministerio catequístico se da unión inseparable entre profesión y vocación, entre los elementos de una y los de la otra.

El resultado final no es un esquema sencillo, fácil de trazar y menos de vivir. Es un rosario de antinomias; antinomias aparentes, que son, sin embargo, tensiones reales. Hubiera sido más cómodo, y también más seductor, apuntalar bien un solo aspecto, como hacen todos los «ismos». Pero la vida no es así. Y la verdad y la vida importan más que los trucos psicológicos o las soluciones simplistas.

Mas precisamente porque la imagen así lograda es difícil y tensa, debemos dar un paso más: hallar, en medio de estas presiones, la ley de jerarquía que suprima los conflictos y lo vivifique todo. Sólo así evitaremos el conglomerado anárquico y entraremos de lleno en la unidad vertebrada y serena.

## B) JERARQUIZACIÓN.

Ocurre muchas veces que la vocación germina lentamente sobre una profesión aceptada por la fuerza de las circunstancias o a remolque de una ilusión más o menos pasajera y superficial. Es que no siempre lo psicológico sigue el ritmo de la lógica, como lo demuestra, cada día, la historia del amor humano. Y esto es importante, además de peligroso<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Es importante no extrañarse de que en la raíz de muchas vocaciones haya motivos secundarios: afán de acción, de autoafirmación, de seguridad, mimetismo... Sólo los irreflexivos se escandalizan. ¡De cuán humildes medios se valen la gracia y el amor!: cuántos amores muy grandes nacieron de cosas harto pequeñas; cuántos caminos cortos o meramente humanos desembocan en Dios. La Biblia está llena de ejemplos. Y también el santoral.

Es que la vida interior del hombre no nace adulta, como Minerva, la hija de Zeus, sino que crece lentamente. Y Dios, que nos conoce y acepta, suele hacer que, en cierta manera, la gracia acomode su andar al paso menudo de lo psicológico.

De ahí que también importe mucho tener en cuenta todo esto al hablar de la vocación: una presentación basada exclusivamente en el cumplimiento de la voluntad de Dios, podía resultar vaga o poco atractiva. En los comienzos, habrá que realzar, por ejemplo, la grandeza de tal ministerio, la urgencia de tal otro, su belleza o su eficacia... Cosas más o menos secundarias, en sí, pero de mayor dinamismo.

Sin embargo, sería peligrosísimo que educadores y neófitos se parasen aquí. ¡Hay tantas cosas eficaces, bellas, grandes y urgentes! ¡Es tan varia-

Pero, de suyo, lo primero es lo vocacional, la llamada interior que revoluciona la vida como un tropismo irresistible. El ministro está para lo que Dios mande. De suyo, la profesión nace en el seno de un mandato o vocación.

De esta primacía brotan muchas consecuencias importantes, que podrían resumirse en fórmulas ya consagradas: superioridad del alma sobre la materia; primacía del espíritu sobre la letra. Concretando un poco más, insistamos en que la fidelidad al llamamiento vocacional es más importante que los medios empleados en la profesión, más importante que su eficacia y que su misma forma jurídica y concreta.

ble la belleza, la eficacia y la urgencia de las cosas y de las personas! ¡Y es tan tornadizo el corazón humano!

Sí, ay de los amores y de las vocaciones que no tienen otros cimientos. Morirán pronto o quedarán infantiles. Qué amarga pena me dan los educadores y superiores que no estimulan esta maduración. Quizá —es lo más seguro— la desconocen. Quizá creen confusamente que lo otro, lo secundario, lo psicológico, es *siempre* más eficaz para encandilar y retener. Triste condición pueril de unos y otros, en definitiva más atentos al don que al Dador; con lo que terminan fatalmente preocupándose más de su Institución que de los intereses de Dios. Ahí está, precisamente, el roñoso cordón umbilical de tantos orgullos colectivos, atrasos, esclerosis y rencillas; y de tantas defecciones: vocaciones inmaduras que se agostan lentamente, igual que esos matrimonios que no supieron injertar la pasión —noble y providencial, pero insuficiente— hasta trocarla en amor.

Hay que escalar la curva del crecimiento. Que cada uno vaya aplicando el oído a los distintos valores, como a una caracola, para descubrir en ellos el rumor inmenso de la voluntad de Dios para con él (y no sólo en general). Si la voz no está, no desprecie esos valores, pero aguarde que llegue su turno, su caracola sonora. Si está, esos mismos valores objetivos quedarán transfigurados hasta cobrar un valor existencial único: no sólo son *buenos* en sí y ahora, sino que además y sobre todo, para mí y generalmente para siempre, son *los mejores*, pues son la voluntad de Dios para conmigo.

Sólo las vocaciones que han aceptado esta ascesis del crecimiento, se libran de la esterilidad, de la vejez y de la muerte. La voluntad de Dios, a la que se adhieren mucho más que a los motivos iniciales, da a esas vocaciones la fuerza envidiable y divina de una perpetua juventud, cada vez más enamorada y, por ende, más feliz.

Ni se crea que hay menoscabo para los valores que, un día lejano, fueron semilla de vocación. Si son auténticos, todos reaparecen aquí, pero en un marco nuevo que los engrandece: El niño ama los juguetes, las atenciones y los regalos, y por ellos ama a sus padres. Más tarde, cuando sea hombre, amará a sus padres y, por amor de ellos, conservará, tal vez, pobres regalos antiguos, que ya no son regalos ni juguetes, sino recuerdos, algo entrañable y sagrado, como relicarios de amor. Del mismo modo, la vocación adulta se complace en hacer el recuento de las grandezas de su estado, pero no por interés, y menos por vanidad individual o colectiva, sino porque en cada una de ellas ve una fineza personal de Dios.

Sí, ahí están ciertamente todas esas grandezas que encendieron el fuego de la vocación; pero están de modo distinto; ya no las vemos como algo que vamos a elegir, a ofrecer o conquistar, sino como una inmensa gracia recibida sin mérito alguno. Una gracia cuyo valor supremo no consiste en ser esta dádiva o aquélla, sino en que viene de Dios, pues es sabido, entre amadores, que se ama más el amor o donación del amado que el mismo don.

### 1. *Vocación y medios profesionales.*

El ministerio catequístico requiere el uso de diferentes medios y estructuras. Y hay el peligro de creer que estos medios y estructuras producen automáticamente efectos morales, o que unos y otras tienen valor en sí y merecen, por lo tanto, que se les subordine lo demás.

Que en los momentos graves de medir resultados o de planear el futuro, no nos deslumbre el número, ni los títulos, ni los certámenes; y menos aún, los textos, las filminas, los edificios, las instalaciones deportivas, ciertas estadísticas falaces o el comportamiento externo. Todo esto vale bien poco si carece de espíritu sobrenatural. De nada sirven los medios y estructuras, si los hombres fallan: sólo la vida puede engendrar la vida.

### 2. *Vocación y eficacia.*

Creo que ocurrió en Londres: una artista del patín ganaba, junto con los aplausos, dinero sobrado para algún menesteroso. Dios la quiso en el claustro. La ayuda cesó. Y recuerdo que muchos lectores de una revista fina y valiente se escandalizaron: preferían la limosna a la fidelidad a la vocación.

Vivimos en la era de la técnica, es decir, de la eficacia tangible. Vivimos también en tiempos de apostolado, entendido, sobre todo, como acción externa (aunque vinculada, por supuesto, con la propia santificación). No es extraño que la santidad se plantee, a veces, en términos de eficacia: «A mayor fruto, mayor santidad.» Parece una fórmula elemental y pacífica; y así es, entendida como conviene. Pero también tiene su ladera resbaladiza, y hoy es fácil extraviarse en ella: buscar los frutos tangibles —los únicos que sopesamos— más que la santidad misma. Impenitente engaño del hombre, siempre inclinado a cosificarlo todo, a valorar más los actos que la actitud interna; siempre proclive a olvidar que el cristianismo no es industria, sino amor: primacía de la fidelidad y de la entrega sobre toda suerte de eficacias. La dimensión más real y profunda del universo no es la mecánica, sino el amor.

No lo olvide el catequista en las horas vocingleras de los éxitos externos. No lo olvide tampoco en las horas oscuras de oscilación y sequía.

Hace ya muchos años, un diácono cartaginés, tímido, atribulado y sincero, le dijo a San Agustín que eso de la catequesis era menes-

ter duro y estéril. Y el Santo le mandó, para consuelo suyo y nuestro, nada menos que el *De catechizandis rudibus*. Todos necesitamos, como Deogratias, que se nos hable de la urgencia de la alegría en nuestro ministerio, pues por la claraboya contagiosa de nuestro contento se filtra en los otros el deseo, la atención y, luego, el fruto. Pues bien, el catequista puede estar siempre contento: no se nos pide eficacia, sino amor y fidelidad. Y en esta fidelidad pondrá Dios, quizá de modo invisible, abundante cosecha de frutos; no la que nosotros queramos, sino la que él quiera, es decir, la única y la mejor.

Importa que el catequista le lave el rostro, cada mañana, a su vocación, para bajar al apostolado no con aire de segador —que también es una industria—, sino con alma de mensajero enamorado: Dios le envía y él obedece, como las dóciles estrellas de Baruc y de Isaías. Dios nos pide vaciar, día tras día, la escarcela de su mensaje. Pero la cosecha es cosa suya; un misterio de su gracia y de la libertad humana. Un misterio profundo del que tal vez se habla demasiado poco hoy, que, por fortuna, tanto se habla de la eficacia de la palabra de Dios.

### 3. Vocación y forma concreta de apostolado.

Según el autor de *El gran teatro del mundo*, «en la representación / igualmente satisface / el que bien al pobre hace / con afecto, alma y acción, / como el que hace al rey, y son / iguales éste y aquél / en acabando el papel».

Si esto es así, ¿a qué viene la maldita costumbre inextinguible de andar cotejando los distintos papeles o ministerios? Reñían los Apóstoles por cuestión de primacía. Disputaban los corintios sobre el calibre de los dones del Espíritu. Y hoy, conscientemente o no, los que se creen más, trasudan repugnante suficiencia; y los que se consideran preteridos, andan con penosas reivindicaciones interesadas y mezquinas. Triste espectáculo de chiquillos de pueblo en la feria, midiendo el valor de lo que no entienden, por su tamaño o color.

De suyo, en abstracto, es evidente, cuando no de fe, que ciertos estados y ministerios son mejores que otros. Pero, en concreto, lo mejor para cada cual es lo que Dios le pide. Ni siquiera hay que hacerse religioso o sacerdote sólo y en definitiva para abrazar un estado más perfecto. Se requiere vocación: por encima de nuestra iniciativa están las iniciativas de Dios y de la Iglesia.

No se funda la grandeza concreta, existencial, en hacer esto o aquello, sino en el cumplimiento de la voluntad de Dios: Cristo dijo que el mayor es el que sirve; pero no hay mejor servicio que el amor, ni amor más grande que el cumplimiento de la voluntad de Dios. Treinta años empleó Jesucristo en repetirnos esta lección difícil.

La santidad, he aquí la secreta y verdadera primacía, la única que permanecerá cuando desaparezcan ministerios y jerarquías, capisayos y prebendas.

Y ante la santidad, todos estamos en pie de igualdad: radicalmente, no existe más que la misma perfección cristiana para todos. Es, pues, falta de fe andar cotejando ministerios *vividios, concretos*. Desfiguramos la Iglesia si la vemos *sobre todo* como organización externa, jurídica. Dios la ve como una familia.

Y en el seno de una familia no hay sitio para privilegiados. ¡Qué poco vivimos como si fuésemos hermanos! Unos plantan, otros riegan, pero sólo Dios da el crecimiento. Siervos inútiles somos, lo que debíamos hacer, hemos hecho. ¿Pensaremos aún en cotejos y hegemonías? La segregación religiosa es la más detestable de las segregaciones, la negación más descarada del evangelio: «Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti..., para que el mundo crea que tú me has enviado.»

Quizá sería conveniente, contra la típica inflación religiosa de ciertos países, que hablásemos menos de los «valores eternos» y que los viviéramos más. Así nos resultaría más fácil dar primacía a lo vocacional sobre las distintas formas concretas de apostolado, porque veríamos mejor que hablar de vocación es adentrarse en el misterio, hasta oír claro y distinto el pulso del Cuerpo Místico, la carne palpitante y viva en cuyo seno todo es infinitamente digno de respeto.

### CONCLUSIÓN

La catequesis no es una profesión tan sólo; ni tan sólo una vocación. Es lo uno y lo otro al mismo tiempo. Pero jerarquizado: la vocación tiene primacía sobre lo profesional y jurídico: La catequesis es un ministerio, un ministerio santo.

De esta síntesis, rica y orgánica, se desprenden algunas consecuencias tan sencillas como importantes:

1.ª Humildad: Pues somos ministros y no dueños, tengamos la

humildad elemental de no apropiarnos los bienes administrados (es el viejo fraude o la sempiterna ilusión de los que se creen más santos sólo porque *administran* cosas santas).

2.<sup>a</sup> Responsabilidad: Dios cuenta con nosotros para una misión determinada; acudamos a la cita con puntualidad y sólida preparación.

3.<sup>a</sup> Respeto verdadero de los demás ministerios: Todos son igualmente nobles, pues todos responden por igual a la vocación de Dios.

4.<sup>a</sup> Unión entre todos los catequistas, cualquiera que sea su función concreta. Unidad que no es abdicación del propio ser, y menos aún mera estrategia, sino fruto del amor y semilla de cooperación sincera. Unidad harto necesaria a nuestro talante celtibérico, para que así nuestra iglesia sea internamente mucho más compacta: no, no tenemos herejes ni cismáticos que convertir; pero sí una mayor compenetración y cooperación que conquistar.

Y es bueno y necesario, al empezar el curso, que todos, maestros y discípulos, pensemos en todas estas dimensiones de nuestro ministerio, para renovarnos en la honda verdad fontal de nuestro quehacer.

M. Z. MAYMÍ, F.S.C.